

Juan Filloy, El escritor escondido

MÓNICA AMBORT

De palíndromos y el número 7

"Yo aconsejo que se practiquen frases palindrómicas, el entretenimiento de los griegos cultos"

[...]

–Dígame, ¿no bromea cuando asegura que es recordman mundial de palindromía?

–Para nada. Los argentinos somos campeones de fútbol, pero muy pocos saben que tengo el récord mundial de palindromía. En ninguna lengua ni en ningún lugar existe alguien que haya escrito tantos palíndromos como yo. Soy autor de un volumen, *Karcino*, editado por la SADE de Río Cuarto y el Fondo Nacional de las Artes, que es un tratado único en el mundo. Parte del primer palindromista de la historia, un griego llamado Sotades. E incluye dos mil de mis palíndromos. Mientras, ya estoy preparando el otro volumen, que tendrá ocho mil, algunos de los cuales son pequeños diálogos, relatos, poemas, apólogos, etcétera.

–Difícilísimo... ¿Cómo hace?

–Miro las palabras y enseguida sé si son palindrómicas o no; tengo la visión retrospectiva... ¿No ha visto a los linotipistas, que leen los lingotes de atrás para adelante con total facilidad? Mire, antes de que usted llegara escribí estas dos oraciones: "Acaso hubo búhos acá" y "Sólo dí sol a los ídolos". Significativas, por cierto. Exáminelas. Y le digo otra: "Allí tápase Menem esa patilla", y una más, vinculada también a la política: "Libe don Italo Lúder: crédulo latino débil". El español es el idioma más palindrómico del mundo; pero hasta hace poco no se sabía más que una frase. En el año 1964 llevé al secretario perpetuo de la Academia Española, don Julio Casares, mi libro *Estafen*, que tiene cien frases palindrómicas. El campeón mundial era hasta entonces un emperador de Oriente, León VI, que publicó 28. Confrontando este volumen, dicha performance es ridícula. "¡Coño! –me dijo don Casares–, yo no conozco más que una: Dábale arroz a la zorra el abad". La misma que tenía popularidad cuando éramos muchachos. Ya entonces yo había detectado dos o tres en latín e italiano. Como me gustaban mucho los juegos de inteligencia, me puse a estudiar las palabras. Hay que conocer muy profundamente su morfología para hacer palíndromos. Y es necesaria una gran dosis de paciencia.

–¿Pero qué valor literario tiene hacer palíndromos?

–Es un entretenimiento lexicográfico que han practicado grandes figuras de la literatura mundial, empezando por Dante. Para mí fue un trabajo de preso, resultado

de haber aprovechado durante sesenta años los intersticios que el tiempo le da a un autor, y recopilado simultáneamente información en universidades y bibliotecas europeas y norteamericanas. Yo aconsejo que se practiquen frases palindrómicas, el entretenimiento de los griegos cultos. Palíndromo, en griego, significa "que corre de nuevo". El juego popular de ese pueblo es el "astrágalos", equivalente a la taba argentina. Con la palindromía completaríamos nuestro parecido con los griegos. Claro que me doy cuenta que en el mundo, no hay otro zonzos como yo que haga estas cosas.

—¿Y además quién los lee? Me parece que *Karcino* no debe ser para matar el tiempo en la parada del colectivo...

—No crea. Existen lectores. A la gente le gusta leer palíndromos, para ver si son ciertos. Pero comprendo su inquietud. *Karcino* es un libro muy erudito. Mire, es casi un tratado de lingüística; por eso lo quiero mandar a la Academia Española y a todas las universidades del continente. ¿Sabe que yo mismo diagramé el texto y las tapas? Una imagen de la mitología romana, Janus, hombre de dos caras, decora sus páginas. Por eso estas frases también se llaman "jánicas". En griego, *Karcino* quiere decir cangrejo, animal que camina al sesgo formando zig zags, casi en la forma en que se leen los palíndromos.

—*Karcino*... Siete letras... No deja de encontrar una palabra de siete letras, apropiada para titular sus obras... Qué afortunado.

—Ah, no... el diccionario está lleno de palabras de siete letras, adecuadas a cualquier propósito. Usted puede elegir hasta cansarse...

—¿Por qué siempre siete?

—Por comodidad; me gustan los nombres cortos... También por algo un poco cabalístico...

[...]

POLÉMICO FILLOY

Sodoma, Gomorra y Homofobia

“... el auge de la droga, el alcohol y la degeneración homosexual trajo aparejado esa especie de maldición bíblica.”

–¿Y el SIDA? Hervé Guibert, poco antes de morir de SIDA ha escrito una obra considerada trascendente en la literatura francesa actual, *El amigo que no me salvó la vida*, donde habla de su enfermedad y la cercanía de la muerte.

–Claro, es un tema importante. Yo también lo toco.

–Efectivamente, he visto que en algunos relatos de *Gentuza* usted lo incorpora.

–Sí, y ahora en *Sex Amor* hay una especie de apéndice dedicado al SIDA. El libro fue terminado de escribir precisamente el día en que se descubrió el virus. *Sex Amor*, cuya primera parte es la historia de un amor blanco, completamente limpio de toda escoria viciosa o pornográfica, concluye con esta contrafigura del avance del SIDA, precisamente a pocos días de haberse celebrado en los Estados Unidos la glorificación del gay, el 23 de junio. La enfermedad aparece casi simultáneamente, y ensombrece todo el destino norteamericano. En Norteamérica hay 20 millones de putos, hablando rápido y bien.

–Entonces cuando usted dice que no hay temas nuevos, debo entender que se trata de ausencia de formas nuevas de escribir temas de siempre.

–La existencia de temas, es algo que corresponde al *continuum* de la vida, a la continuidad de la vida. Todos los días, hay un tema nuevo para explotar. Pero los temas que irrogan grandes preocupaciones sociales, aparecen de vez en cuando. Tienen su manifestación en grandes eclosiones humanas a lo largo de la historia. Hasta finales del siglo pasado, se explotaron casi exhaustivamente todos los problemas de índole revolucionario, político, económico, industrial, científico... Con las dos guerras mundiales de este siglo y las guerras civiles en diversos países, evidentemente se reavivó el tema bélico, pero terminadas, se agotaron los temas que fueron clásicos, amén del más clásico de todos, el amor. Al margen de esto, aparecen a lo largo de la vida una sucesión de cuestiones que preocupan a la humanidad. Entre ellos, el SIDA. Su historia se remonta a 1957, cuando fue detectado en Uganda, hasta hacerse patética su instalación en otros países, especialmente en Estados Unidos, donde el auge de la droga, el alcohol y la degeneración homosexual trajo aparejado esa especie de maldición bíblica. El dios bíblico, un dios arcaico, irascible, punía las maldades de los pueblos, con grandes maldiciones. La primera, la del agua: los diluvios, los cataclismos. Cataclismo, en griego quiere decir inundaciones. Si no, por medio del fuego, quemando ciudades enteras como quemó Jehová, ciudades de la Pentápolis antigua en la cual estaban Sodoma, Gomorra y otras más. Lo que los griegos llaman un verdadero holocausto. Fueron calcinados sus habitantes y las ciudades desmanteladas por el fuego.

–¿Por qué habla de la degeneración homosexual? La Organización Mundial de la Salud ha dicho que la homosexualidad es uno de los modos de la sexualidad.

–Esa es la disculpa de los homosexuales norteamericanos. Ellos se absuelven de culpa y cargo, diciendo que no son culpables de ninguna degeneración. Que la homosexualidad es una cosa que está en los orígenes mismos de la especie humana.

–¿Y no es así?

–Yo creo que no. Y tenemos la experiencia de 10.000 años de civilización.

–Siempre hubo homosexuales. Célebres por sus bondades, muchos de ellos.

–Sí, pero con características muy distintas a las actuales. Incluso la pederastia

griega tenía rasgos de amor hacia los efebos. Mientras que ahora la homosexualidad norteamericana proviene del abuso de la droga, del alcohol, y del vicio de la concupiscencia, vale decir, de todas las utilizaciones del organismo humano ajenas a la procreación. En Norteamérica la homosexualidad es una plaga. Se presume que sobre una población de 250 millones, hay 20 millones de homosexuales. Parece que con esa enfermedad misteriosa en el organismo humano, se cumpliera la maldición bíblica. En la última década han muerto 80.000 personas de SIDA en Norteamérica. Se calcula que muere un gay cada diez minutos.

—¿Entonces hay que marginarlos?

—No. Curarlos. Usted ve que toda la investigación mundial está orientada a encontrar una solución para esa enfermedad y para el cáncer.

—El SIDA no es una enfermedad exclusiva de homosexuales.

—Claro que no. Actualmente la vida está muy circunscripta por el riesgo que apareja; obliga a la gente a desusados esfuerzos de prevención del mal, pero no obstante, como es una maldición misteriosa, casi simbólica, un virus tan insidioso, la amenaza acrece; el mundo actual está indefenso.

—La Corte Suprema de Justicia, finalmente le dio la personería a la Comunidad Homosexual Argentina, pero en un primer momento se la había negado. ¿Estaba de acuerdo con esa decisión?

—Totalmente.

—El primer fallo había sido muy criticado; como una decisión fascista de la Corte...

—Ah, no. Con ese argumento podría presentarse la sociedad de consumidores de ácido lisérgico... y de otras anomalías que sin tener las características de la homosexualidad, son punibles para los códigos morales de la Nación.

—¿Nunca tuvo amigos homosexuales? Excelentes escritores lo fueron.

—Nunca. Nunca.

—Algunos homosexuales sufren mucho don Juan. Su condición y su marginalidad. La homosexualidad no depende de la voluntad.

—Sí, y van a sufrir más todavía. Imagínese en Estados Unidos, un profesor de un liceo de señoritas. ¿Usted mandaría su hija allí? La adolescencia es un estado transitorio, sumamente peligroso. El sexo no está definido. Ni bien se sale de la pubertad, no se sabe si va a ser hombre o mujer. Es muy susceptible a todas las influencias. Por eso los profesores gay en Estados Unidos están permanentemente en pugna con las autoridades.

[...]

LA LITERATURA ARGENTINA

Borges, Hernández... y uno de nombre turco

"Borges tuvo una educación muy limitada, a cargo de gobernantas inglesas y francesas. Su visión sobre la vida nacional fue muy rudimentaria..."

–Volvamos a la literatura latinoamericana. Dice que ve obras que continúen la tradición del *boom*.

–Desgraciadamente, la literatura que enraíza en la virtud creadora está en plena decadencia, a nivel mundial. Ahora hay una literatura que obedece a la industria cultural de los bestsellers. Un oportunista le dice, "escríbase un libro sobre la mula de seis patas" y el tipo le escribe un libro de 400 páginas sobre la mula de seis patas que es un éxito editorial. Pero usted mire... en la literatura francesa de hoy, por ejemplo, no existe un literato que valga la pena leer. Los temas ya fueron agotados.

La literatura universal está en crisis. No hay autores que hagan un cultivo virtuoso de la lengua. Dígame en qué país hay actualmente un escritor de la talla de Gide. En Argentina, después de 1960, ¿qué autor se ha destacado? Borges fue muy hábil en reimprimir sus libros publicados veinte años antes; intercalaba poesías y relatos de otros volúmenes añejos y aparecía un libro en el que solamente una fracción era original. Lo demás, recopilación de realizaciones anteriores.

[...]

–Bueno, volvamos a la literatura. Algunos temas que nos quedaron pendientes. Recién nombró a Borges. ¿No le parece que haya sido un gran escritor?

–Evidentemente, evidentemente. Eso es indiscutible. Pero ha escrito poco. No tiene una novela. Tampoco la tiene Lugones. Sobre novelística argentina Borges jamás opinó; prefirió identificarse con el tango... Esto, y su devoción al suburbio y sus malevos, encarnan inclinaciones sin mayor importancia, porque no son sinceras. El no se ha dedicado, ni remotamente, a investigar la literatura nacional con la fruición con que lo ha hecho respecto de la inglesa.

–¿Usted dijo alguna vez que Borges era un escritor de laboratorio, al que le había faltado vida?

–Claro, ésa es su falla básica porque tuvo una educación muy limitada, a cargo de gobernantas inglesas y francesas. Su visión sobre la vida nacional fue muy rudimentaria; le faltó contaminación con la realidad y el paisaje, con la tradición popular argentina. Así como escribió con tenacidad literatura inglesa, tuvo un criterio despectivo sobre el *Martín Fierro*.

–Ya que estamos, ¿cuál es su opinión acerca del *Martín Fierro*?

–Creo que es una obra fundamental que nos representa y que permanecerá firme. Para toda la muchachada que lo leímos, *Martín Fierro* fue una figura rebelde que coincidió plenamente con nuestras vehemencias juveniles; que participó en la gestación del espíritu nacional porque iluminó una época en la que la nación no estaba aún consolidada.

Es un poema épico, realizado con una gran habilidad, con versos netamente argentinos, sin alusión ni semejanza con el romancero español. Está escrito en quintillas o sextinas típicamente suyas, con una combinación métrica perfecta. Tiene sus incorrecciones y licencias, por cierto, pero en general son versos muy correctos. Todo esto con una magnífica inspiración y acopio de experiencias para describir los caracteres humanos...

Borges equiparaba a Fierro con Juan Moreira. Error flagrante. Son arquetipos distintos. Martín Fierro es un personaje discutible pero simbólico. Moreira, un matón de comité. Aquél prevalecerá porque tuvo rebeldías valiosas y ciertos impulsos cuestionadores. Por lo demás, amén de la genialidad condensada en su *Martín Fierro*, José Hernández fue un escritor que hizo todo lo posible por exaltar las industrias agrarias del país. Ambos afanes son deudas que no caducan.

—¿Qué sabía Hernández de los hombres que encarnó en su personaje? ¿No pertenecía a una clase social acomodada?

—Todo lo contrario. Fue hombre de estancia y posteriormente funcionario público. Estuvo en Entre Ríos y después, perseguido por cuestiones políticas, vivió en Brasil. Se cree que allí escribió la mayor parte del *Martín Fierro*. Conocía el campo. Y pensaba que el gaucho, el pueblo argentino, debían evolucionar, mejorar su idiosincrasia.

—¿Y *Don Segundo Sombra* qué tal?

—Bueno, ahí lo tiene. Es una obra sumamente literaturizada. No se deben bañar y engominar gauchos y paisanos todos los días. Güiraldes lo ha hecho, descaracterizándolos. A don Segundo solo le falta hablar francés... Para mí, su libro más bello es *Xamaica*: allí está él. Solo. Sin la criollidad castrada de aquel espécimen tan distinto al de Hernández y al Viejo Vizcacha, por ejemplo... Los temas nativos hay que abordarlos con autenticidad. Como en el *Martín Fierro*, hecho con un criterio aleccionador. Una obra, literariamente, de gran volumen, de una integración bien mantenida. Pero además, con la preocupación de mejorar las condiciones de vida del hombre de campo cuando en la Argentina todavía no se había obrado sobre el gaucho para convertirlo en ciudadano.

—Para su Elvius de *L'Ambigú*...

—... *L'Ambigú*, una novela dialogada de punta a punta, única en el mundo... Disculpe, ¿qué me decía?

—Que para Elvius, el crítico literario de *L'Ambigú*, Sarmiento y Hernández son lo más significativo de la literatura argentina del Siglo XIX. ¿Quiénes, para usted, en el Siglo XX?

—Lugones y Almafuerte son notas capitales, pilares. Borges también. Y después tiene una cantidad de elementos satélites, de real mérito, como Pedro Miguel Obligado, Canal Feijóo, el viejo Korn... Otros que valen son el sanjuanino Juan Pablo Echagüe, Ángel Estrada hijo...

—¿Roberto Arlt?

—No, no me agrada, lo he leído poco.

—¿Julio Cortázar?

—Ah, Cortázar, claro, claro. Le gustaba mucho mi *Caterva*, sus atorrantes personajes. Me nombra en *La vuelta al día en ochenta mundos*, pero a pesar de la admiración que tenía por mi libro, nunca me mandó nada. No nos conocimos. Sólo lo vi en París cuando coincidimos en una conferencia de Borges.

—¿Está de acuerdo con quienes opinan que la cuentística argentina debe considerarse antes y después de Cortázar?

—No, no... es un buen escritor pero no tanto... no tanto. No es una piedra liminar como Lugones, ni como Payró o Benito Lynch. Horacio Quiroga sigue en punta.

—¿De la literatura argentina más reciente, realmente no rescata nada?

—Los libros que he leído de la gente joven que está surgiendo son muy deficientes. Cuando usted lee a los que le menciono, a Mallea... los saborea. Lee los libros del autor de *Rayuela* y los saborea, pero las últimas producciones argentinas no le dejan memoria, a la semana se olvidan.

Además, ahora está lleno de futurólogos, politicólogos, gente que escribe literatura periodística. Prevalecen una cantidad de artículos que tienen una actualidad momentánea, artículos completamente amorfos, sin calidad literaria; sólo

pinceladas, con el facilismo que da el periodismo. Someta diez revistas a una lectura valorativa sistemática y verá que tienen semejanza estructural. Además ahora todo el mundo está capacitado para abordar cualquier tema.

[...]

–Retomando la pregunta sobre la literatura argentina. Nada rescatable últimamente, según usted. El año pasado, sin embargo, hubo una suerte de movida literaria en Buenos Aires; junto a autores ya conocidos, gente joven, que escribe y vende su obra.

–Sí, han aparecido algunos escritores, a mi criterio de poca monta literaria. En este momento no me acuerdo. Uno de nombre turco...

–Asís... pero yo le hablo de otros más recientes.

–Sí, Asís ha tenido mucho éxito. También un libro sobre Juan Domingo Perón...

–*La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez.

–Y las tres novelas de Aguinis que ha publicado Planeta.

–¿Esos no le parecen buenos escritores?

–Ah, sí. Lo de Aguinis me parece uno de los más serios aportes a la literatura nacional.

–¿Y Tomás Eloy Martínez, que usted mismo mencionó?

–También.

–Le nombro algunos de los que el año pasado editaron y recibieron críticas muy elogiosas. Bueno, además de Tomás Eloy Martínez, Belgrano Rawson, Dalmiro Sáenz, Forn, Fresán, Fogwill...

–No conozco ninguna de sus obras.

–¿Y Osvaldo Soriano, que es famoso?

–Tampoco. Soriano, solamente el actor teatral. Muy, muy bueno.

–Le sigo nombrando. Laiseca, Futoransky...

–No los conozco...

–¿Y Abelardo Castillo?

–Lo que he leído de él no me gustó. Como aporte, valoro lo de Marcos Aguinis. También ha aparecido, en Río Cuarto, un novelista de altos valores, Joaquín Bustamante. Tiene dos novelas que me parecen muy positivas; realmente constituyen un aporte a la literatura nacional.

[...]

SOBRE SU OBRA

Optimus Filloy, Marechal y el Dr. Freud

"...aunque sea una sola línea, pero ni un solo día sin escribir. Escribir es para mí un vice impuni."

Volvamos a sus libros. Además de una esposa, ¿qué otros réditos obtuvo con *Periplo*?

–En Buenos Aires causó sensación; sorprendió por su calidad a mucha gente. El director del suplemento literario de *La Nación*, nada menos que Enrique Méndez Calzada, uno de los literatos más finos que ha tenido el país, le dedicó dos columnas. César Tiempo, Juan Pinto y el crítico José Emilio Soto, también le dispensaron amplios comentarios. Anibal Ponce, uno de los valores más serios que tuvo la Argentina, opinó que se abría una perspectiva nueva en la literatura nacional. Ya le conté: Leónidas Barletta se entusiasmó tanto que dijo, "por fin apareció en Argentina un escritor de tipo europeo". Todo esto me abonó un camino muy generoso, aunque mis libros eran hechos en ediciones privadas y exclusivamente dedicados a personas que yo conocía como buenos lectores. Creo que mi poca resonancia masiva ha estado en eso; nunca hice servicio de prensa, ni visité jamás una redacción porteña.

–Pero a otros libros suyos, Bernardo Verbitsky los editó en Paidós.

–Ah... Pero eso vino después.

–¿Influyó su experiencia de funcionario judicial en la forma en que fue seleccionando sus personajes?

–Mucho. Mi primera novela, *Estafen*, que escribí después de *Periplo*, trata de un estafador habilísimo que cae bajo nuestra jurisdicción: hombre sutil, sagaz, mucho más rico de simpatía que el estafador descripto por Thomas Mann...

–Desde la marginalidad, algunos de sus personajes aparecen censurando y poniendo en evidencia las lacras de la sociedad, ¿no?

–Evidentemente. Una novela es siempre un ideograma, vale decir, una visión, no del personaje protagónico, sino de todo el entorno. De modo que, quiera o no, al pintar al delincuente usted pinta a la sociedad, a los carceleros, a las víctimas y a la conciencia inicua del mundo.

El escritor, se ha dicho, es un notario de la actualidad. Nada debe escapar a su percepción. Todo debe ser medido y juzgado. La novela, –etopeya burguesa según la definiciones el mejor medio para ello. Yo nunca he soslayado al *ethos*, al *eros* y al *epos*...

–Usted suele afirmar que la principal misión de quien escribe es hacerlo bien...

–Eso dice Koremblit... "el único deber que tengo es escribir bien", cosa que no practica muy a menudo (lanza una carcajada).

–¿Lo decimos públicamente?

–No (y sigue riendo).

–De acuerdo a lo que señalaba recién, ¿se trataría, además de escribir bien, de hacerlo desde una moral, desde una ética?

–Mire. Cada escritor tiene una moral. Que coincida o no con la generalidad es cosa aparte. Si la vocación es auténtica, cada escritor tiene un compromiso. El principal es consigo mismo: de ser veraz, certero en sus apreciaciones, en sus juicios; leal en su visión del mundo colectivo. Ahora, "escritor comprometido" como lo entienden los hombres de izquierda, es un escritor que está comprometido pura y exclusivamente con la exaltación de sus motivos ideológicos. Yo soy un hombre de izquierda, pero no acólito ni líder, y no tengo por qué constituirme en difusor sistemático de las ideas

que profeso. El literato no tiene por qué sujetarse a disciplina o coerción de tal naturaleza. Las ideas se las dejo a los fanáticos, a los políticos, a los sociólogos, que viven y lucran con ellas...

–Si el escritor debe ser veraz, certero en sus apreciaciones, ¿entonces la literatura no es ficción?

–Generalmente, es ficción. Todas mis novelas, cuentos y nouvelles, son creaciones mentales, pero aprovechando los datos de la realidad circundante. Y también mi experiencia, que no es otra cosa que realidad interior. En qué estábamos...

–Hablaba de *Estafen*.

–Sí. Resultó un libro muy gustado. Los críticos señalaron que era la primera vez que un escritor empleaba el vocabulario sin ningún eufemismo, sin ninguna limitación a su libertad literaria. Le digo, al tema del estafador lo utilizó unos años más tarde, en el cuarenta y tantos, nada menos que Thomas Mann, pero en una obra que carece de gracia; quedé defraudado, luego del encandilamiento que me había producido *La montaña mágica*. Donde *Estafen* cayó mal fue en Río Cuarto, porque mucha gente se sintió aludida, ya que en ese libro pintaba escorzos de la justicia local. Tuve varios problemas. Es que cometí la indelicadeza (se ríe) de dejarme muy bien a mí mismo. Un juez me encaró y me espetó: "Muy linda la novela; pero me has hecho quedar como la mona, mientras vos te pintás bien".

–No era justo. No trataba a todos igual.

–Claro que no, porque si fuera justo no habría novela. No se puede hacer una novela con buenos sentimientos y personas correctas. Con una dama venerable no se puede; pero con una fulana de vida múltiple usted puede armar una novela interesante. La honestidad es aburrida. ¿Quiere una cosa más aburrida que una matrona virtuosa, que no ha hecho más que ir a la iglesia y enderezar a sus hijos hacia la religión, llevándolos de la nariz al templo?

–*Estafen* significó entonces una innovación...

–Claro. Era un derrotero diferente a *Periplo*, que había sido un muestrario de finura literaria. Con este otro empieza una prosa típica de novela, de mayor crudeza. Una innovación que se acentúa con *Balumba*, un libro con poemas coproláticos, crudos; un libro muy heterodoxo, lleno de opiniones contrarias a la generalidad, que causó verdadero asombro. En la revista *Claridad* me hicieron un elogio tremendo, pero otras, pudorosas, no quisieron comentarlo. En un hogar vecino, *Balumba* fue quemado por contener capítulos como *Libidine*, de temas prostibularios, escrito con las crudezas típicas del prostíbulo. Son cinco elegías, y como entre ellas hay una a mi madre, el doctor Alfredo Colmo, un profesor eminente de Buenos Aires que tenía cierta confianza conmigo, me recriminó haberla incluido entre tanta crudeza. Le contesté que cuando uno construye una casa no hace solamente la sala de espejos, sillones y alfombras, sino también una cocina, una despensa, un cuarto de baño con artefactos que no necesito mencionar. Colmo no me respondió. Había comprendido el sentido integral del volumen. El ser humano no es sólo fachada. Las funciones más innobles –digerir, evacuar, etcétera– rechazan esas pudibundeces de monja. *Balumba* es un libro vitalmente totalizador. En las revistas de izquierda fue un manjar...

–¿Por las groserías?

–Sí. Por estas cosas sintonicé con Boedo.

–Ah... ¿recuerda la polémica entre Boedo y Florida?

–Por supuesto... Por lo pronto soy de los pocos que guardó la colección completa de la revista *Martín Fierro*, que dirigía un amigo, Evar Méndez. A mí me gustaban los dos grupos.

–Allí se planteaba la discusión acerca del compromiso del escritor...

–Sí. El grupo de Boedo era un grupo popular, que dirigían Elías Castelnuovo y Leónidas Barletta. Hacían literatura popular y tenían la revista *Campana de Palo*, con

temas proletarios, obreros, contestatarios. Los otros eran un grupo refinado, snob, que estaba al tanto de la literatura europea. Yo no he tenido militancia en ninguno, pero tenía amigos en ambos.

En cuanto a las calidades estéticas era más nutrido Florida, pero Boedo, dentro de su ángulo de acción era un grupo muy positivo. Entre los dos forjaron una literatura de gran mérito que después ha enraizado en la tradición argentina. En Boedo había figuras como Olivari, Barletta, Castelnuovo... figuras de rigurosa actualidad. En el otro estaba Borges... por más que Borges era un hombre ambiguo, que no ha sido muy tirano con sus ideas; no trataba de imponerse, más bien de ser coincidente

–En un diálogo con Ernesto Sábato, Borges se ríe y recuerda, acerca de Boedo y Florida, que "pensar que fue una broma de Roberto Mariani y Ernesto Palacio, y ahora lo estudian los profesores de literatura"...

–Sí... entre ellos se chichoneaban, se hacían bromas, epigramas. Conozco algunos epigramas muy lindos de Nalé Roxlo... Fueron movimientos en pendant.

–¿Piensa que aquella polémica todavía tiene vigencia?

–No, en absoluto, aunque ahora hay autores populistas y está lleno de escritores estetizantes, por no decir aristocratizantes. Yo mismo me considero un escritor estetizante, pero sin renunciar a lo popular ni mucho menos.

–Bueno, sigamos con los libros. ¿Después de *Balumba*?

–*Aquende*, un libro muy poético, que todo el mundo me clama reimprimir. En lo básico, encubre un brulote contra la historia argentina. Está estructurado musicalmente: un intermezzo, dos interludios y cuatro suites... Eso –y sus connotaciones técnicas– me costó mucho trabajo. Lo más importante es el intermezzo, llamado *Los entregadores*. En 55 páginas echo un rápido vistazo sobre la historia argentina, contradiciendo a la historia oficial. Cuento que Moreno fue envenenado, que es la pura verdad, y a Rosas le hago una pequeña exaltación debido a que mi padre fue muy rosista; tenía opiniones de personas que lo habían conocido. Mire el caso de Fidel López: vivía exiliado en Montevideo por ser opositor al dictador, y allá recibía el dinero que le enviaba su padre, el autor del Himno Nacional, ¡casi un amanuense de Rosas!

Mucha gente dice que *Aquende* es mi mejor libro porque se trata de una especie de geografía literaria del país. Un amigo periodista me ha escrito recientemente desde Buenos Aires contándome que allá circulan ediciones clandestinas de *Aquende* y de *Balumba*. Claro, el editor pirata especula con el éxito del brulote a la historia patria y la resonancia de mis poemas escatológicos. Hago votos porque prospere en su trapacería.

–Publicó *Aquende* en 1935, pero *Op Oloop* es del '34. Hablemos de él. Siempre dice que todos sus personajes son mentales, pero sea sincero don Juan: Optimus Oloop, ¿no es usted?

–(Ríe muchísimo) Claro, en un ochenta por ciento *Op Oloop* es Juan Filloy. Yo he sido siempre muy ordenado. He comprobado cómo la falta de organización destruye la personalidad de la gente; pero también como con el exceso se incurre en anomalías y paroxismos contraproducentes. Es lo que le pasó a Optimus, un estadígrafo tan meticuloso que llevaba estadística de todo, con una obsesión de locura sistemaníaca. Contabilizaba todo; registraba hasta sus coitos, con profesión morbosa.

Yo venía estudiando este fenómeno. Como anoto lo que me interesa para después dedicarme al tema, *Op Oloop* surgió de una línea: "ocuparse de un hombre sumamente metódico que resulta víctima de su corrección". Así empecé a desarrollar un personaje que tenía mis costumbres.

–¿Usted llevaba una estadística de su performance sexual?

–Yo no... (vuelve a reír). Pero Optimus las prontuariaba pulcramente con el nombre, con sus descripciones... Era sumamente rígido, de magníficas costumbres.

El contacto con las mujeres, amén de una obligación biológica para él, constituía un mecanismo vital. Por eso, cuando entra el amor, ese elemento puro, no metódico, lo desequilibra. Esa es la tesis en *Op Oloop*. Da la casualidad que coincide el descalabro al festejar su...su...

–Su coito número mil. Convida a los amigos con un banquete para celebrarlo.

–Eso. Ese día tiene un diálogo telestésico con Franziska, su amada, una mujer muy fina, que atraviesa un período psicopático, que es el menstrual. Esa característica la conozco por mi mujer... ya casados.

–¿Psicopático? ¿Usted dice que las mujeres nos ponemos un poco locas cuando menstruamos?

–Sí, sí, sí... Un estado no propiamente de locura ni demencia, pero un estado psicopático; cierto nerviosismo. Psicopático no quiere decir loco. Irritables, se ponen.

–¿Cómo fue el mentado episodio con Sigmund Freud?

–El tenía su residencia en Viena y desde aquí le mandé *Op Oloop*, pensando que por su temática freudiana le podía interesar. Mi sorpresa fue cuando a los tres o cuatro meses –en aquel tiempo la correspondencia viajaba por vapor– recibí una carta lacónica, que para mí resultó lo suficientemente halagüeña, en la que me decía: "He leído su libro con mucho gusto y apreciado la índole de su tema. Saludos, felicitaciones".

Eso ocurrió antes de que Hitler anunciara la anexión de Austria. Entonces Freud se escabulló porque temía que le pasara lo mismo que a su gran colega Magnus Hirschfeld, el director del Instituto de Sexología de Berlín, a quien la Gestapo le destruyó 250 mil historias clínicas de sus pacientes. Quemaron el establecimiento, y él no sé qué vicisitudes pasó. Por eso Freud se instaló en Londres. Más tarde, respondiendo a mi congratulación cuando cumplió 80 años, tuve el agrado de recibir otra tarjeta suya. Un periodista de la revista *Gente* que había ido a hacerme una entrevista, cuando me levanté para ir al baño, en un repeluz me la sustrajo. A la primera carta, que estaba hecha en papel de receta de Freud, me la pidió el doctor Conrado Ferrer, antiguo vecino de Río Cuarto, profesor de Medicina Legal en Córdoba. Quería exhibirla entre el elenco de profesionales que integraba el neuropsiquiátrico Open Door de Oliva. A todos impresionó la enérgica grafía de la carta de un líder mundial como Freud; pero, para mi desgracia, Ferrer murió en 1941, y no logré recuperarla.

–Al inventar a Optimus Oloop, ¿ya había leído a Freud?

–Ah, claro, pero su concepción escapa a su influencia. Ya le he mostrado a usted la biblioteca central con obras que atañían a la psicopatología delictual. En razón de mi rol de fiscal de cámara, yo tenía una versación psiquiátrica, no propiamente freudiana. Por cierto, estaba al tanto de las anticipaciones de Freud.

–*Op Oloop* fue editado en Buenos Aires...

–Sí, en una edición privada, por Ferrari Hermanos. Pero fracasé al intentar la pública. Yo deseaba aprovechar una editorial muy prestigiosa, la Imprenta López, donde se editaba la revista *Sur*, en Perú 666. Mas, en la década del treinta, había en Buenos Aires un intendente gazmoño, que había hecho limpieza en los quioscos sacando todo lo presuntamente pornográfico o crudo. Solicitado el placet, su oficina de "policía moral", dijo: "No. Le confiscamos la edición ni bien aparezca".

Mucho después, cuando ese espíritu pacato, monacal, había desaparecido, pudo editarlo Paidós. Así lanzaron *Op Oloop*, *¡Estafen!* y *La Potra*. Por esas tres novelas, 18.000 libros legalmente contratados, yo debería haber cobrado derechos de autor. Pero hasta ahora, mi única ganancia económica han sido 90 pesos...

Los escritores entregamos manuscritos, ingenuamente, y a todos nos pasan al patio olímpicamente. Por eso en la SADE, yo propugné por varios arbitrios; entre ellos, el autor debería estar presente cuando se hacen los tirajes. Para certificar la cantidad, y evitar latrocinios.

–¿Qué pasó con el banquete de su Optimus Oloop y el de Severo Arcangelo, de Marechal? ¿Es verdad, o sólo historia popular que después de escrito, usted le envió los originales y...

–No es cierto. No lo conozco a Marechal. Sé la historia circulante, de que él se ha inspirado en el banquete de *Op Oloop* para hacer el de Severo. He oído eso de mucha gente; pero no me consta ni puedo calificar actos incorrectos a nadie y menos a un escritor. No es propiamente el mismo banquete... El de Optimus es tan señorial, hecho por un tipo de gran mundo, de alta categoría intelectual. Basta ver su menú en el Plaza Hotel, y la adición que paga. El otro es mucho más sencillo, y no tiene la impingencia de éste.

–Cuando escribió este libro ya estaba casado, ¿no?

–Sí. Con Paulina se dieron cosas interesantes. Nunca interfirió en mis escritos; la literatura es un vicio secreto para mí, de modo que ella no tenía ingerencia; pero al ver las publicaciones se horrorizaba. "Cómo has publicado esto", me decía. "Lo hago porque son mis convicciones, mi verdad literaria". Cuando iba a editar *Balumba*, como conocía los poemas me pidió que en el prólogo pusiera esta acotación –Antes de la era de ella". Yo me casé con Paulina a los 39 años y esos poemas eran anteriores. Después no me pidió más nada; veía que era algo indefendible. Aunque en una oportunidad insistió: "Por qué no hacés una cosa fina, delicada; siempre haciendo de escritor violento, sensual..."

–Le dio el gusto y escribió *Finesse*...

–Exactamente. Un volumen del cual Fermín Estrella Gutiérrez opinó que era "un libro millonario", porque está compuesto por 140 baladas, a cuál más delicada. Tal vez es el más poético de todos mis libros, repuntando la balada como un poema en prosa. Cada capítulo, nueve en total, lleva el nombre en griego de una musa; tiene un lenguaje muy musical. Está dedicado a Paulina. Muy bien impreso por la imprenta Ferrari de Buenos Aires, que también editó los siete primeros volúmenes de mi *edicta amicorum*.

Los hermanos Ferrari, que estaban cerca del Once, me interpretaban con tanta exactitud que yo mandaba los originales y jamás debí ir a Buenos Aires a ocuparme de esto.

Tuve igual suerte en Río Cuarto, cuando empecé a trabajar con la Imprenta Macció y encontré un regente realmente entendido en materia bibliográfica, Armando Barchiesi.

–¿Los Ochoa fue lo primero que editaron en Macció?

–Sí. Es el primer libro de la "Saga de los Ochoa", una dinastía criolla que pertenece a la picaresca argentina. Son cuatro en total: éste, de presentación; *La Potra*, en el que interviene Quinto Ochoa; *Sex Amor* con Sixto o Sexto Ochoa y *Decio Ochoa* quien en realidad es Décimo, pero como se trataba de un hombre culto dijo: "Qué tanto jorobar con nombres numéricos como le han puesto a los otros", y se suprimió la "m".

Tenían una grafía muy curiosa; ponían un ocho y al lado una letra a: 8A. Algo que yo extraje de un secretario de Juzgado de San Luis que firmaba así... Entonces para nombrar a todos los personajes utilicé nombres igualmente numéricos.

En el primer libro figuran siete cuentos, uno de ellos *El juído*, que narra la historia de Proto Orosimbo Ochoa, el abuelo, el patriarca de la dinastía, un paisano de mediados del siglo pasado que estando en Río Cuarto tiene un diferendo con un oficial de la Comandancia y huye de la justicia. En griego, Proto quiere decir antecesor.

Otro relato es el de Primo Ochoa, un gaucho chúcaro, grotesco, real, tomado de una estancia que supe conocer en las adyacencias de Alpa Corral. Es un paisano festivo, dice las cosas como son. Alegre, puteador, jodón en todo sentido. Sucio, como son los gauchos, que no se bañan jamás. Muchos afirman que don Primo 8A es el pendant cabal y verídico de don Segundo Sombra.

Lo importante es que este libro revive la picaresca, genero muy abandonado en Argentina. Desde Payró no he visto autores de temas humorísticos concernientes a la vida rural.

Es un libro de recia contextura española. En la madre patria abundan ejemplos de picaresca, lo que se explica por el temperamento étnico esencialmente alegre, dionisiaco, del español. El argentino es más bien tristón, concentrado. Esto se debe precisamente a que nos falta la cohesión espiritual que tiene el pueblo de España, con dos mil años de estratificación.

—¿Y la historia de Sexto Ochoa?

—Es el más centrado de todos. Llega a ser dirigente de una empresa inmobiliaria de Buenos Aires y convive con una alemana en una unión muy ordenada, con mucha complacencia del padre de ella, un alemán sabio y grosero, como todos los alemanes, contento de que la hija se haya amurado con un criollo decente que la trata muy bien. La vida amorosa semi clandestina que hace ha repercutido en el rejuvenecimiento de la muchacha, que estaba mustia. El amor físico les ha resuelto la situación a ambos; no tuvieron noviazgo previo ni platonismo, llegaron a la convivencia sexual naturalmente.

Se casan recién cuando nace el hijo y llevan una vida sexual absolutamente limpia, sin ningún erotismo que pueda denominarse pornografía. Hasta que a este hombre ya cuarentón la empresa lo envía a un congreso gremial a Estados Unidos. Allí, en los ratos libres, se encuentra con algunos amigos argentinos. Uno de ellos lo vincula con un periodista portorriqueño viciado en la vida más infame de Nueva York. Entonces el libro abandona la fase absolutamente alba de la relación conyugal y aborda otra, absolutamente negra, de abominaciones, que muestra la degeneración sexual norteamericana .

—El otro Ochoa, Decio, era un arribista

—Es un chico de extracción muy humilde. Lo abandonaron de bebé en un cajón, en La Gilda, donde lo recoge una familia que después tiene hijos. Pasado el tiempo, molestos por la inteligencia aguda de Décimo, superior a la de los hijos propios, prescinden de él. Esto sucede siempre, según mi experiencia judicial.

Comienza entonces para el muchacho, una vida azarosa, que lo templea en esfuerzos y abnegación. A tal punto que culmina de propietario en la fábrica donde trabajaba; se queda con la empresa y con la mujer de quien era dueño. Se trata, pues, de un arribista plus cuan perfecto.

—¿Qué es *Caterva*?

—Un *roman-fleuve* de 550 páginas en la Edición Ferrari. Una novela magnífica que todos me piden que reedite. Es la historia de siete linyeras que han llegado a los últimos escalones de la vida moral y eventualmente se juntan bajo el puente de Río Cuarto. Uno había sido gerente de un banco de Praga, otro gerente del servicio criptográfico de Suiza, otro transformista teatral de fama y actuación en el mundo, uno un pobre francés vicioso, y, por distintas vicisitudes de la vida, tres más que han tenido que correr la coneja. Posiblemente este libro ha sido precursor de una novela de Steinbeck, *Tortilla plat*, del sesenta y tanto. Es el mismo tema.

—¿*La Potra* tuvo problemas de censura?

—No, ya había pasado esa etapa de contralor ético. La prensa de Buenos Aires se hizo pacata con eufemismos y psicología monjiles allá por el '30 con *El amante de lady Chatterley* de Lawrence; la historia de una dama inglesa que se enamora de un guardabosque. *La Potra* tiene algunas semejanzas porque se trata también de una dama inglesa dueña de un establecimiento rural en Córdoba que se encamota con un muchacho domador. Pero la obra, limpia de taras, no fue vapuleada en el sentido moral.

—¿Y el segundo libro que le editaron en Macció?

—*Ignitus*, una tragedia moderna. Para mí, una obra redonda. Consiste en una

modernización de la tragedia antigua; se vincula teatralmente a la manera griega, aunque en vez de intervenir el coro, es el relator quien cuenta lo que va sucediendo: el pánico que sufren los espectadores. Así se opera la catarsis, el procedimiento depurativo que implica el ejemplo de la tragedia.

–¿Podría representarse en un escenario?

–Podría. En Río Cuarto alguien me pidió autorización y la concedí. Es patética, tremenda. En *Ignitus*, que quiere decir "quemado", un hombre va a suicidarse a la casa de un amigo y para ello abre las llaves del gas. Su esposa y sus tres hijos lo buscan y cuando lo encuentran, el más chiquito al grito de "¡Acá está papá, acá está papá!", prende un fósforo y mueren los cinco. El chico es el asesino del padre. Una obra muy corta y muy representable.

–¿Existe correlación entre la fecha en que terminaba sus libros y el año en que los editaban?

–Claro. Mi plan era publicar uno por año y así llegamos a los siete en Macció, pero después del '43 me "ralearon" de la justicia y recién diez años más tarde cuando reingresé pude seguir editando.

–¿A usted también lo ralearon?

–Al subir Perón hicieron una limpieza en la justicia de Río Cuarto y yo fui uno de los pocos que quedó, porque no tenía antecedentes negativos; pero había un senador que creo que todavía vive... Gómez del Junco...

–Murió hace pocos años...

–...Quiso que interviniera en un juicio de un determinado modo, a lo que contesté: "Está equivocado senador, esas cosas no rigen conmigo, y por ello he permanecido en la justicia".

Intervino entonces para que a los jueces que habíamos quedado se nos exigiera un nuevo acuerdo del Senado, un acuerdo que por supuesto se nos negó. En igual situación estaban también el presidente del Superior Tribunal, una personalidad en Derecho, el doctor Enrique Martínez Paz, y el juez Diógenes Ruiz, el mejor magistrado que he conocido en la justicia de Río Cuarto.

Entonces me jubilé, mas al triunfar la "*revolución libertadora*" fue a quien primero llamaron. Así seguí siendo camarista hasta el año 1964.

–¿No le inquietó que los de la libertadora hubieran sido autores de un golpe de estado?

–No, porque al volver yo seguía con mi tradicional carrera en el Poder Judicial, respetado en mi inmovilidad constitucional .

–¿Qué hizo después de *Ignutus*?

–Viene Yo, yo y yo, siete monodialogos de un personaje delirante, paranoico. En una oportunidad se va a las sierras porque estaba podrido de la ciudad, de la propaganda, del periodismo... pero allá van a jorobarlo los periodistas. Es muy gracioso por lo desafortunado. Son siete relatos muy divertidos.

En otro episodio el personaje protesta contra Walt Disney, un traficante del arte, de lo más canallésco a mi criterio. Yo y *Walt Disney*, se llama el monodialogo, que ha sido publicado varias veces, la última en la revista *Búsqueda*, que dirigió Marcos Aguinis.

En Yo y *la madre patria*, el delirante se ensaña contra España. Como papá, que era celta, vale decir, un gallego muy poco afecto a España. Nunca quiso volver. Huyó por las persecuciones de los carlistas... Iban por las aldeas y arreaban a todos los chicos mayores de 14 años. Para someterlos a una enseñanza militar lo más draconiana que usted pueda imaginarse, y luego servir de carne de cañón en reyertas dinásticas...

El viejo huyó en un barco, no sé muy bien cómo, en 1870, por ahí... Contaba que fue en una embarcación de vela. Debe haber sido un mozalbete muy arisco y recio. Solía narrarnos que cuando había tormenta, se negaba a bajar a la sentina, lugar

donde venían amontonados los inmigrantes; entonces lo ataban al palo de vela mayor para que no lo arrastrase el agua.

Era muy bravo papá... Tenía un genio irascible, pero muy justo en todo... Muy buen viejo (las lágrimas le hacen perder la voz)... Los padres que he tenido... en fin... me emocionan siempre... por lo duros, por su falta de cariño ostentoso, su nobleza callada; sin la blandenguería que se usa ahora, que genera personajes débiles. A mi padre le debo eso... la fortaleza... el carácter...

-...

-(Se seca las lágrimas) Sigamos.

-¿Cuál fue el libro con el que más se demoró?

-*Sex Amor*. Con Decio también tardé mucho, porque a veces el argumento se tranca, entonces no hay nada mejor que dejarlo descansar. *Sex Amor* me parecía un libro blanco, que no tenía nada de espeluznante; le faltaba el condimento Filloy. Entonces le agregué ese informe que le comenté, sobre la sexualidad norteamericana, el Informe Epicuro-Kant. Allí incluyo a dos genios de la filosofía mundial; uno, Epicuro, el genio de la sensualidad. Otro, el de la abstención... Usted sabe que Kant era virgen, ¿no?

-La verdad que no. Quién hubiera dicho... ¿Qué está escribiendo ahora?

-Siempre, tres o cuatro libros de manera simultánea. Actualmente mucho cuento y mucha nouvelle, un cuento largo que participa de la idiosincrasia de la novela con algunos de sus elementos típicos como descripciones paisajísticas y caracterológicas, etcétera... El cuento es lineal, dibujístico. La nouvelle es pictórica.

-¿Qué le falta para ser novela? ¿Extensión?

-Sí...

-Nouvelles... como las de su libro *Tal cual*...

-Claro. Esas son siete nouvelles de 30 páginas cada una. Una imprenta de Buenos Aires que se llama Puntosur me lo iba a reeditar junto con *Vil & Vil y Op Oloop*, en condiciones decentes. Me hicieron hasta un anticipo. Después no sé qué pasó. Se habrán fundido.

-Efectivamente. Cuénteme la historia de Cyra López Roux, la protagonista de una de sus nouvelles más recientes.

-Esta mujer es una viuda que renuncia al amor de un hombre, se inmoló, porque no quiere abandonar a su hija espástica. Irene, la jovencita, fue para ella y para el esposo un verdadero martirio. Eso lo sé porque conozco en Córdoba a la familia de un hombre de ciencia que tiene una chica espástica. Es una víctima sumisa que acusa permanentemente a los padres, aunque ellos no tengan nada que ver. Por eso esta señora dice, "yo no podría olvidar con el amor toda la mirada de esta chica". Si ella fuera una tilinga hubiera aceptado la relación, se hubiera muerto de risa de la espástica.

-Parece un final moralizante. ¿No se jacta de escandalizar con sus libros?

-Sí, pero esta nouvelle es con enseñanza: la renuncia de la mujer y el gasto de filantropía del candidato que dona un cheque de 5.000 dólares a la entidad de beneficencia a la que asistía la madre de Irene.

El decide por la filantropía en vez de la caridad, porque con ésta, de origen cristiano, se ayuda un solo caso, mientras que la filantropía es plural: ayuda a todos por igual, por "ser amigo del hombre". Por eso, los servicios sociales de los sindicatos constituyen obras de solidaridad social, de altruismo general; mientras que la caridad es singular y piadosa. Cede ante un caso patético, no ante desgracias y miserias colectivas.

-¿Con los años no se ha vuelto puritano?

-Para nada. La mía es una edad extrasexual, pero la nostalgia se mantiene pura. Si el cuento viene procaz, lo hago procaz.

-A todo esto... nunca ha dejado de escribir a mano.

–Nunca, porque los dedos son los extremos terminales de un impulso nervioso que viene del cerebro. Prefiero la escritura manual; es más estilística, más refinada. Con la máquina, expeditiva y diáfana, si bien es cierto, todo se agiliza, el estilo se vuelve más seco y pobre. Por eso yo hago primero mis manuscritos y recién entonces los transcribo.

–¿Y todavía se mantiene fiel a su premisa de no dejar de escribir ni un solo día?

–Ah... claro... aunque sea una sola línea, pero ni un solo día sin escribir. Escribir es para mí un *vice impuni*.

[...]